

MADELINE MILLER

MESTRA

Ilustraciones de Ana Santos

Traducido del inglés por José Miguel Pallarés

AdN



El hombre dijo que era mercader. Se había enterado de la aflicción de mi padre y podía aliviarlo de mi carga, siempre y cuando yo hiciera lo que se me ordenara.

—Lo hará —aseguró mi progenitor.

—¿Tiene quince años? ¿Y es virgen?



Mi padre se envaró, pues seguía siendo un rey, por muy venido a menos que estuviera.

—Por supuesto.

De modo que me vendió a aquel individuo por siete gallinas asadas. En un principio habían acordado diez, pero el mercader era astuto y, cuando regresó aquella tarde con ellas, las trajo recién hechas en una cesta, y su olor inundó la estancia. Pude oír cómo mi padre descoyuntaba las gallinas mientras el comerciante me llevaba con el velo puesto. No iba a haber una boda formal, ya que mi progenitor no tenía dinero para celebrarla. Y, de todos modos, en realidad yo distaba mucho de ser una esposa.

El velo no era más que un retal de un vestido viejo, tan desgastado por el uso que podía ver a través de él. El hombre me aferró por el brazo al salir del palacio, como si pensara que iba a huir. Pero yo me hallaba casi tan hambrienta como mi padre y enferma de tristeza por los dos.

—Por favor, padre —le había implorado—. Déjame quedarme y ayudarte.

Él negó con la cabeza bruscamente.

—Así es como más puedes ayudarme.

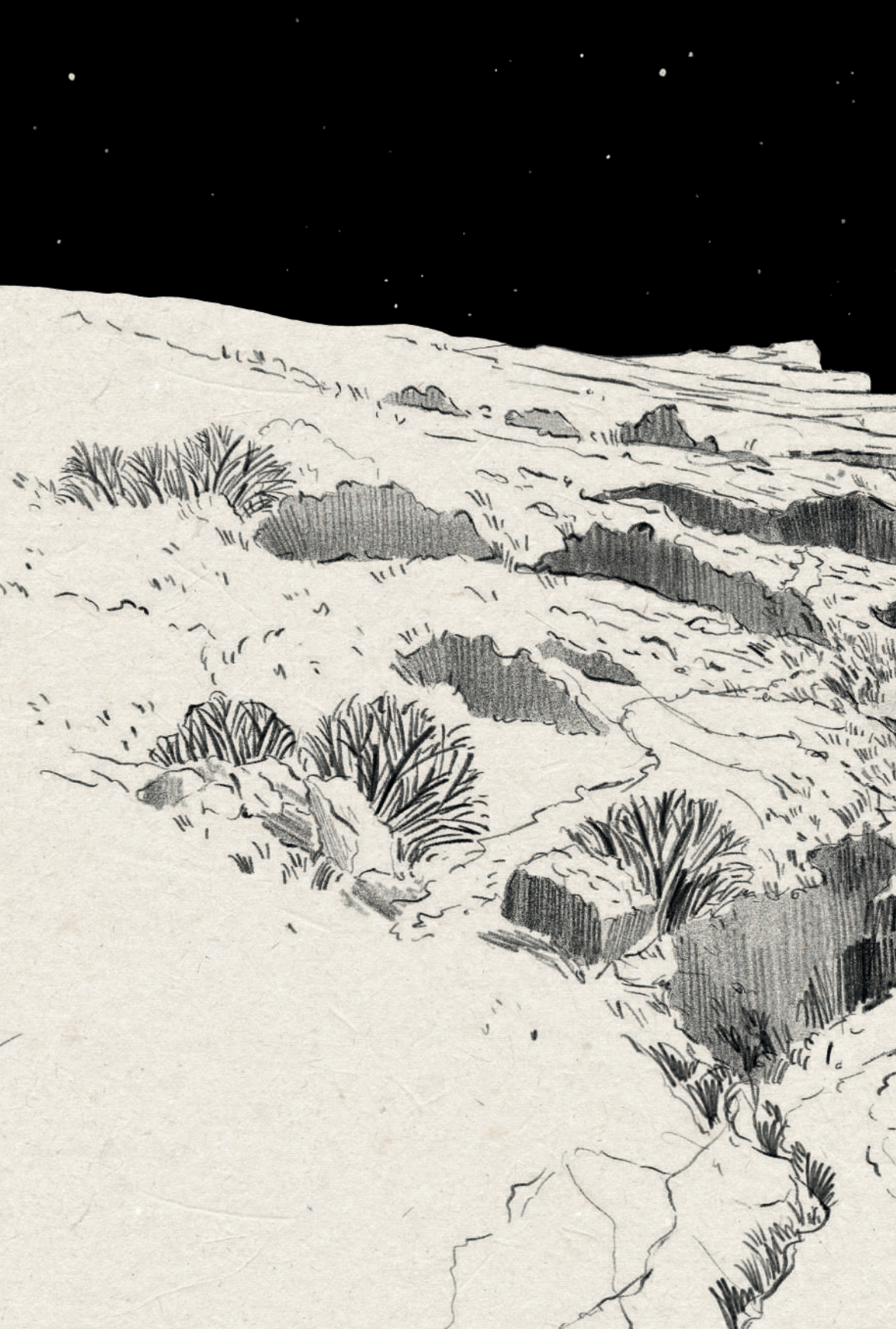
El carro del comerciante estaba vacío y tenía la parte de atrás astillada. El caballo mostraba la cruz llena de cicatrices y una pezuña trasera agrietada. De un empujón, el mercader me hizo sentarme en el asiento.

—Siete gallinas —me dijo—. Más vale que merezcas la pena.

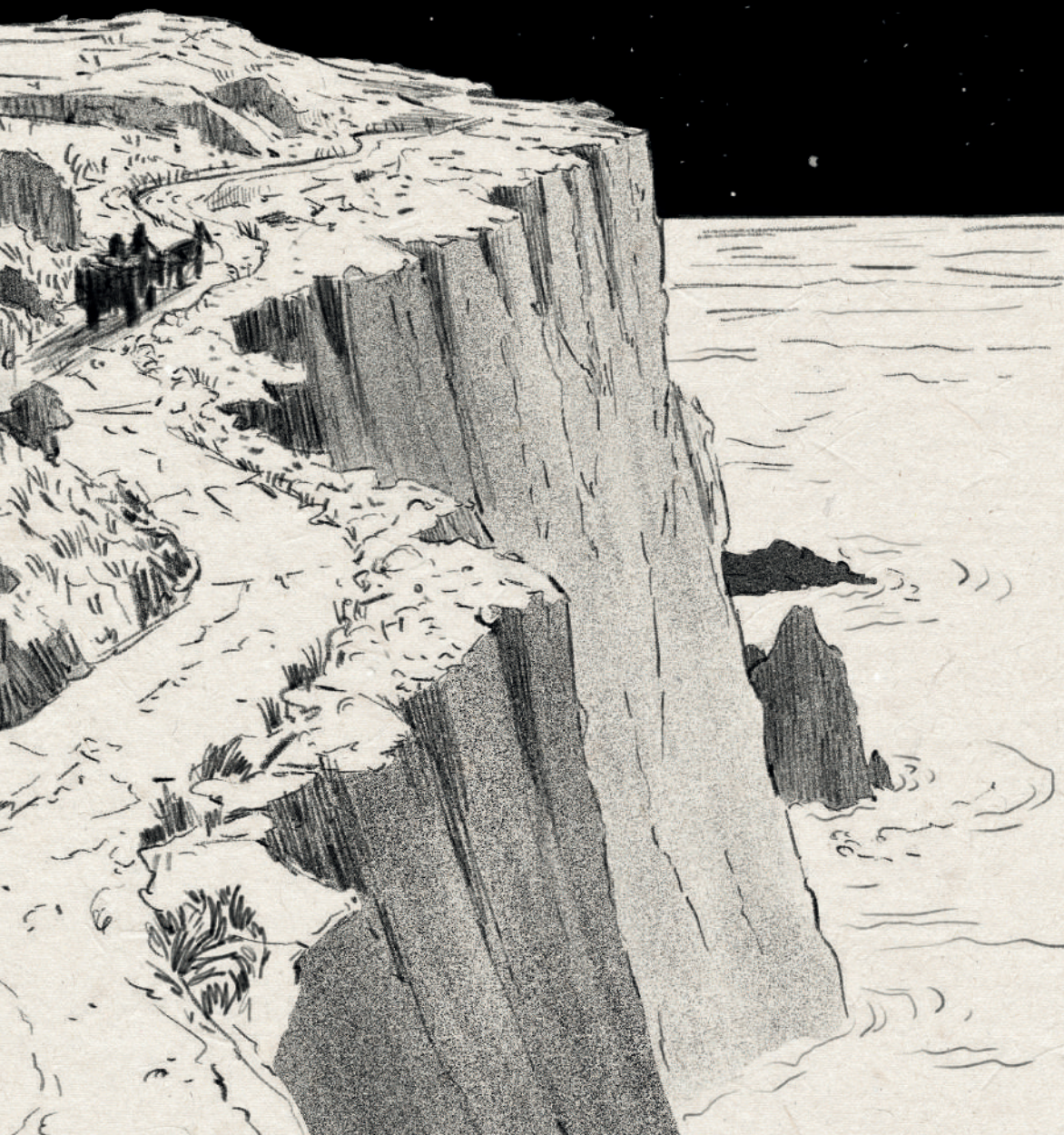


Pude oler el tufo de su aliento incluso a través del velo. Le había visto, al menos, un diente renegrido. Era de la misma estatura que mi padre, pero más corpulento, por supuesto. Ignoraba dónde vivía, si íbamos a recorrer un par de kilómetros o cien.





La carreta traqueteó por el camino polvoriento. Pasamos frente a los acantilados grises que se alzaban sobre el mar y ante el sendero que serpenteaba junto a ellos hasta la caleta. Había amado aquel lugar desde niña.





Cuando comenzó la desgracia de mi progenitor, tras la desbandada de la servidumbre, después de que se hubiera comido todos los animales y vendido todas nuestras pertenencias, mi consuelo consistía en sentarme allí a contemplar el piélago.

El oleaje me parecía lo único de nuestra vida que permanecía inalterable. A veces los pescadores llegaban a la orilla y yo les suplicaba que me dieran un poco de pescado para mi padre.

Había acudido una tarde, tres meses atrás. Era mi momento preferido del día, cuando el sol teñía el mar de oro. Allí fue donde me halló el dios. Emergió de entre las olas y me tomó con ambas manos.

Después se había erguido ante mí, imponente y rodeado de un brillo cegador, con el tridente en la mano. Me había mordido el labio hasta sacarme sangre, y el cuerpo, lleno de moretones, me dolía. Cuando me apresó por primera vez, tuve un momento de insensatez en el que intenté resistirme. Pero no se puede luchar contra una divinidad.

—Pronto alumbrarás un hijo que te hará feliz.

Era apuesto, desde luego, con el pelo rizado por la sal y la barba cayéndole sobre el pecho como espuma marina. Me pregunté a cuántas jóvenes habría conocido, en cuántas playas. Y también cuántas de ellas habrían balbuceado las mismas palabras que yo:

—Me honras, mi señor.

Regresó a sus olas y yo renqueé hacia casa. La piel se me amoró allí donde me había sujetado y durante un mes tuve una costra en el labio, pero ya no quedaba nadie para verlo, salvo mi padre, y, en su tormento, no se percató de nada.

Lo agradecí; al menos le había ahorrado aquella nueva pena. Y pese a lo que había vaticinado la deidad, su semilla salobre no parecía haber arraigado en mi interior después de todo. Hacía meses que no tenía el periodo, desde que se agotaron las últimas provisiones.

Así pues, ya no era virgen. No sabía qué me aterrorizaba más: cómo iba a enterarse aquel hombre o qué me haría cuando lo supiera. Por primera vez, deseé estar encinta del dios para que pudiera ayudarme. Ante ese pensamiento repentino, extendí las palmas de las manos.

